

La Eucaristía: lugar del encuentro con Jesús resucitado y la vida nueva.

Una historia de ayer y hoy

Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que estaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran.

Él les dijo: «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?» Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?» Él les dijo: «¿Qué cosas?» Ellos le dijeron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron».

Él les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.

Al acercarse al pueblo a donde iban, Él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado». Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan.

(Del santo Evangelio según san Lucas 24, 13-35)



Jesús viene a nuestro encuentro

El Sacramento de la Eucaristía es el **encuentro más profundo de Dios** con nuestra realidad humana. Jesús entra en nuestro camino, tal como somos y tal como estamos. No soy yo quien me tengo que adaptar a Él sino es Cristo quien se pone a mi lado, entra en mis circunstancias concretas, en mi momento vital hoy, aquí y ahora. **Él es quien se regala y toma la iniciativa de salir en mi búsqueda.** Esto es importante. Muchas veces pensamos sólo en nuestro “esfuerzo” para celebrar la Santa Misa; ponemos el acento en nuestro YO y perdemos la capacidad para sorprendernos, admirarnos y acoger el Don precioso del Señor con nosotros.

La escena de Jesús Resucitado con los discípulos de Emaús, que san Lucas relató como una auténtica catequesis sobre la Eucaristía, nos va a ayudar a vivir mejor el Sacramento del que depende **toda la vida de la Iglesia y del mundo.**

Dos discípulos en camino: los RITOS INICIALES DE LA MISA

Dos discípulos en camino... ¿hacia dónde? Buena pregunta. San Lucas dice que a la aldea de Emaús, pero eso es lo de menos. Podía ser Emaús o cualquier ciudad. Lo importante es que habían perdido el norte en su vida, su camino ya no tenía una meta ilusionante. Están en huida. Mientras que la Iglesia permanece reunida en Jerusalén ellos se fugan de la comunidad, se alejan unos de otros, se aíslan en su propia tristeza **porque piensan que Jesús está muerto.** Esa es la razón fundamental que les lleva al sinsentido y a la ruptura. Sólo les queda el recuerdo, nostálgico, de lo que vivieron con el Maestro y lo que Él les enseñó... pero eso no es suficiente. El corazón reclama no sólo palabras, recuerdos o un mensaje sino a **Cristo en persona.**

Cuando miramos la Fe de los cristianos da la impresión que muchos siguen a la puerta del sepulcro, pensando que Jesús sigue muerto. Buscan su palabra, acuden a los sacramentos, intentan cumplir sus enseñanzas, pero como reliquias de un difunto que ya no está.

Los resultados son palpables: no hay alegría, no hay fuerza en sus palabras ni en su testimonio porque en el fondo nunca les ha pasado algo grande en su vida; piensan y viven como los demás... sal que no sala y luz que no alumbra. No hay Gracia, no hay regalo, no hay don sino méritos y esfuerzos. Un YO enorme que se repliega en sí mismo porque ya no existe el TÚ que les devolvería a la Vida. No hay comunidad sino reuniones, porque les falta quien regala un amor nuevo y gozoso.

*Sólo faltaría de una cosa: **caer en la cuenta que el sepulcro está vacío.***

Los Ritos iniciales de la Eucaristía responden a la necesidad de poner nuestra vida, con sencillez y verdad, en la Presencia de Dios. Es lo primero que Jesús hizo con sus amigos: preguntarles cómo estaban, cómo se encontraban, qué es lo que llevaban en lo profundo de su corazón. Por eso comenzamos con el acto penitencial y la oración colecta, donde se recoge el sentir general de los que acudimos a Dios.

La Iglesia nos pone, desde el inicio de la Eucaristía ante la verdad de nuestro día a día:

no somos unos sobrados ni perfectos sino los pobres y necesitados con hambre y sed de Cristo que necesitamos

renovar la fe en su resurrección.



En medio de la vorágine de las ocupaciones, problemas, situaciones, donde tantas veces nos sentimos desbordados comenzamos la celebración rompiendo con todos los esquemas de auto-exigencia que nos supera: **sólo Dios es Dios y nosotros creaturas amadas en sus manos**. Por eso: *Señor ten piedad, Cristo ten piedad, Señor ten piedad*.

Permite, ayudado por los Ritos Iniciales de la Santa Misa, que tu corazón hable, que tu interioridad se abra y que el Espíritu de Dios te conduzca por un camino de liberación, sanación y transformación personal, al encuentro de Cristo Resucitado.

LITURGIA DE LA PALABRA: .. Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras...

Después de “situarnos” estamos preparados para acoger a Jesús en la primera Mesa donde nos alimenta: la Mesa de la Palabra. En el fondo, los Ritos Iniciales, como hizo Jesús con los de Emaús, nos invitan a **escuchar**, a despertar la atención ante Alguien que tiene poder para dar **luz** en nuestras inquietudes más profundas.

La Liturgia de la Palabra, tal como la vivimos en la Iglesia, no es simplemente la lectura de la Biblia sino la Presencia de Cristo Resucitado que “nos explica”, que entra en nuestra vida **para dar un sentido** a todas las cosas. Por eso nos ponemos en pie en la proclamación del Evangelio, como gesto de reconocimiento a Jesús mismo que viene a anunciarnos su Buena Noticia, levantándonos de nuestras caídas o fortaleciéndonos y alzándonos en nuestros cansancios. Ya en esto, los discípulos reconocieron algo especial y diferente, empezaron a saborear la resurrección escuchando a Jesús: *no estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba por el camino...*

*La Palabra de Dios no es palabra muerta sino Palabra Viva. No consiste en entenderla como se busca entender otros libros. No fue escrita para hacer un comentario de texto o para conocer historias y costumbres antiguas. El Espíritu la regala para dar **Vida**. Es para aquellos que ponen en el Señor su esperanza. Por tanto, ha de ser leída desde el corazón. Como dice el Concilio Vaticano II: “...**la Palabra de Dios ha de ser leída con el mismo Espíritu con que fue escrita**” (Constitución Dogmática DEI VERBUM 12).
¿Qué me quiere decir el Señor? ¿qué resuena especialmente dentro de mí? ¿qué me está mostrando Dios de sí mismo y que dice Él también de mi vida concreta?*



LITURGIA DEL SACRIFICIO: *Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando.*

Entramos en el momento decisivo de la Eucaristía. En el pan que Jesús toma en sus manos está nuestra vida, todo lo que somos y tenemos, que lo descansamos y lo ofrecemos a Cristo (rito de la presentación de las ofrendas). Como los discípulos de Emaús, necesitamos que Jesús se quede para siempre con nosotros... la compañía de este Amigo les ha ido encendiendo el corazón, les ha dado luz y paz y les ha ido resucitando de sus tristezas... *quédate con nosotros, Señor.*

El Maestro, al sentarse con ellos y partir el pan, en la calidez de una casa, despierta en su interior el deseo de la fraternidad y salir de su aislamiento. **En la Eucaristía toda la Iglesia se hace presente**, no sólo los que estamos “físicamente” celebrándola sino también aquellos que han partido a la casa del Padre y los santos que ya han llegado a la meta del camino. Donde está Jesús hay comunidad, familia. **Nos saca del “yo” para convertirnos en “nosotros”**.

*Jesús nos sienta a la mesa con Él. Esto no es una cosa cualquiera. El gesto de compartir juntos una comida, desde la tradición judía, es una muestra de familiaridad, de confianza, de intimidad compartida y de reconciliación. No podemos banalizarlo o dejar que la costumbre lo convierta en un gesto vacío. En la Eucaristía, el Altar nos recuerda algo fundamental: que la Iglesia somos una Familia donde nos une el compartir, no algo cualquiera, sino al mismo Jesús, que ofrece su vida y Él mismo se regala como alimento, amándonos hasta el extremo. **La unidad no es la consecuencia de tener más o menos afinidad de carácter sino de la Fe en Quien nos une; el Señor se sienta a la Mesa y nos sienta con Él.** En la Eucaristía aprendemos a vernos unos a otros a través de Jesús.*



Al partir el pan y dárselo los discípulos le reconocen. ´

Se abren a la fe en que Jesús, el que fue crucificado,

HA RESUCITADO.

Está vivo, con ellos, para siempre.

Todo cambia cuando entra en sus corazones

la fe en la resurrección.

Eso significa que Jesús no era un “cualquiera”

sino el Señor, el camino, la verdad y la vida...

y que ahora pueden seguir a su lado,

caminando, no a Emaús sino hacia la vida eterna.

Él ha vencido a todos los enemigos de nuestra alegría.

¡¡¡Cristo vivo es una explosión de vida!!!

El gesto de tomar el pan, bendecirlo,

partirlo y dárselo es algo típicamente del Señor.

En la Iglesia entendemos su significado más profundo.

Como a los de Emaús, Jesús “desaparece de su lado”

en sus rasgos físicos pero Él en persona no se ha ido.

Permanecerá con nosotros en la Eucaristía,

bajo la apariencia del pan y vino,

que son **su presencia real y verdadera.**

Crear en Cristo resucitado es creer en la Eucaristía.

Los discípulos de Emaús, y en ellos, toda la Iglesia, reconocemos en la Eucaristía^V la Presencia real de Cristo resucitado. El pan y vino consagrados no son algo, sino Alguien. No son símbolo de Jesús sino el mismo Jesús. Por ello, expresamos nuestra fe arrojándonos ante la Sagrada Forma: Él es nuestro Dios y Señor. Si antes, poníamos en sus manos el pan y el vino, ofreciéndole nuestra vida tal como es... ahora Jesús nos la devuelve transformada. Le damos nuestra pobreza y nuestra debilidad... Él a cambio se nos da por entero. Es un intercambio de un amor sin límite.

Así, la celebración de la Santa Misa se convierte en comunión con el Sacrificio de Jesús, donde hemos vuelto a nacer. La celebración de la Santa Misa es el lugar donde **entramos en la muerte y resurrección de Jesús**; se **actualiza**, se convierte en un **HOY, AQUÍ Y AHORA**, donde el Amor de Dios salva, sana y libera. Cualquier cambio en nuestra vida se hace con la fuerza del amor; en la Eucaristía se nos da sin medida.

Finalmente comulgamos el Cuerpo y la Sangre de Cristo. ¿Por qué Jesús tiene tanto interés en darnos a “**comer** su cuerpo y **beber** su sangre”? En la sinagoga de Cafarnaúm explica:

“Discutían entre sí los judíos y decían: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día.

Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él.

Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí.

Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre.” (Jn 6,52-58)

Los verbos “comer” y “beber” tienen una gran fuerza expresiva. La unión de Jesús con nosotros no es simplemente “afectiva”, sino que toca a todo lo que somos: cuerpo y alma. Jesús nos hace realmente suyos, recorre en nosotros cada momento y circunstancia de nuestro día a día... siente con nosotros, se goza con nosotros, sufre con nosotros... El Señor se une de tal manera que **hace suyo todo lo nuestro** y a la vez **Él nos regala toda su fuerza, su paz, su alegría, su amor... CRISTO RESUCITADO VIVE EN TI** y se convierte en la fuente de la que brota todo lo bueno de lo que uno mismo no es capaz. La vida cristiana es eso: **VIVIR DE ÉL... todo es gracia y regalo que Él nos da.** Ser feliz no es ya una conquista sino un puro don de Cristo que nos transmite en la Sagrada Comunión. Como dirá San Pablo: “*ya no soy yo sino que es Cristo quien vive en mí*” (Gal 2,20)

¡CRISTO VIVE Y ME DA LA VIDA!

IMPOSIBLE

RITOS FINALES

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan.

La Eucaristía concluye con una Bendición y un envío. Después de todo lo que hemos vivido y compartido con el Señor, el Espíritu de Dios nos empuja a la misión, no como una imposición sino como algo que surge desde dentro y necesitamos transmitir.

Si al principio del Evangelio los discípulos de Emáus “huyen”, ahora les vemos llenos de fortaleza y de alegría buscando a los demás, buscando el encuentro con el resto de discípulos y dispuestos a compartir la Buena Noticia de la Resurrección. ¿Qué es lo que ha pasado para este cambio? **El encuentro con Cristo... la Eucaristía.**

Hay una fuerza nueva, un ánimo nuevo, una esperanza que comunicar a los demás. **Es el mismo Cristo quien se la ha regalado y la ha puesto en sus corazones.** Esa capacidad de amar no les viene de ellos mismos sino desde la experiencia de la gratuidad de Dios que les ha hecho testigos de un milagro. No es producto de un esfuerzo, ni de largas horas de reuniones ni de concienciación personal.... En un instante **Jesús les ha cambiado la vida** y necesitan compartir lo que les ha sucedido.

*La Eucaristía marca un **nuevo estilo de relación**. Celebrar a Cristo Resucitado nos mueve a **compartir experiencias** más que a hacer debates o quedarnos simplemente en la superficialidad de las formas. Jesús quita caretas, disfraces y nos pone ante el hermano cuerpo a cuerpo, de corazón a corazón. Somos pobres y pecadores pero testigos de algo grande que despierta lo mejor de nosotros mismos. La Eucaristía nos reconcilia con nuestra debilidad y con la debilidad de los hermanos: ninguno somos más que otros, ni superdotados ni perfectos, pero compartimos el ser inmensamente afortunados por conocer el inmenso Amor de Dios que se nos ha regalado en su Hijo Jesucristo. **Del encuentro con Jesús nace el testimonio más auténtico de la fe y del amor.***

